

En torno al diario íntimo

JOSÉ LUNA BORGE es bibliotecario-documentalista del Instituto Andaluz de la Juventud. Ha publicado *Las buenas costumbres* (1989), *Desconocidos* (1997) y *Poemas y notas* (1999), así como la edición de la obra literaria de Víctor Botas (1995). Como ensayista es autor de *La Generación poética del 70* (1991) y *Bazar de lecturas* (1999). Tiene especial interés en la literatura biográfica. Ha dirigido los suplementos de cultura *La Mirada*, en *El Correo de Andalucía* y *El Mirador*, en *El Diario de Andalucía*.

EL DIARIO EN GENERAL y el diario íntimo en particular han sido en España *tierra de nadie*. Ningún informe o estudio sociológico se detiene en este asunto; a nadie interesa conocer esta corriente subterránea y secreta que va conformando todo diario. Mientras que en estos informes y estudios se hace hincapié en otros hábitos culturales (lectura, cine, música, televisión, espectáculos, etc.) nunca se menciona, sin embargo, el de la escritura de un diario.

Philippe Lejeune publicó en Francia el trabajo *La pratique du journal personnel. Enquête* (*Cahiers de sémiotique textuelle*, 17, 1990. Publidix, Université Paris-X Nanterre) en el que indaga sobre este fenómeno mediante un cuestionario escrito. Manuel Alberca ha publicado entre nosotros el trabajo "El diario íntimo, hoy (encuesta)" (BUEB, nº 2). En nota se nos dice que dicho trabajo "constituye una primera entrega de *El pacto ambiguo*", investigación sobre la práctica del diario íntimo en España. El profesor Alberca delimitó el campo de estudio a la población estudiantil de Málaga (niveles de BUP, FP y Universidad). De las conclusiones sacadas de dicha encuesta me interesa traer aquí el motivo o motivos que inducen a la escritura de un diario ("¿Cómo se le ocurrió comenzar el diario personal?"; pregunta nº 10 del cuestionario). Los jóvenes encuestados insisten en dos motivos: unos escriben diarios para "poder recordar" y otros como "desahogo". Todos buscan un interlocutor ideal, que es en lo que suele convertirse todo diario; buscan "un amigo discreto, no chismoso", alguien a quien contarle sus cosas.

El diario como mecanismo del recuerdo, como paño de lágrimas o refugio donde recogerse cuando vienen mal dadas, es uno de los instrumentos literarios más interesantes y sugestivos de nuestra reciente producción literaria y, también, uno de los más olvidados y minusvalorados. Como bien recuerda Jordi Gracia en su interesante estudio "El paisaje interior. Ensayo sobre el dietarismo español contemporáneo" (BUEB, nº 2): "Los dietarios todavía no han asaltado las portadas de los suplementos literarios pero sí han logrado, por la fuerza de la persuasión, un lugar editorial y un público". Esto último, sin embargo, viene a ser una verdad a medias: lo de "un lugar editorial" entra dentro de las buenas

intenciones; no existe, creo, editorial alguna que dedique una colección o una serie al dietario o al diario íntimo (cosa bien distinta sucede con las memorias, la biografía o la autobiografía, donde Siruela, Tusquets, Megazul y Trama Editorial tienen colecciones abiertas. Sólo Grijalbo Mondadori mantuvo una colección, "El espejo de tinta", dedicada con preferencia a la literatura personal). Se publican diarios puntuales o toda la producción de un autor en una determinada editorial (caso de Trapiello en Pre-Textos y en Destino) pero, no nos engañemos, el diario hoy por hoy dista mucho de gozar de buena salud editorial. La normalización del género en nuestras letras no está, ni mucho menos, a la vuelta de la esquina. Quizás contribuya a ello el hecho de que hoy se tienda a considerar como diario todo lo que se escribe. Críticos y especialistas se han aplicado en considerar el ensayismo o cierto ensayismo literario como hermano gemelo o pariente muy próximo al dietario; hemos pasado, casi milagrosamente, de la práctica inexistencia del género entre nosotros a una abrumadora proliferación de literatura diarista. El artículo con tintes memorialísticos o con rastros personales; artículos cuyo único núcleo de interés es la meditación literaria o ciertos rasgos de poética; ensayos con tintes intimistas o la naturaleza imaginativa y privada de la literatura sobre la literatura; la anotación personal sometida al cliché del artículo literario... todas estas variantes buscan una vía expresiva de lo privado, todas son una forma de literatura del yo, pero ¿se pueden considerar estrictamente como literatura diarista? ¿son diarios? El paisaje interior del escritor es un panorama tan vasto que siempre será un panorama inacabado e inabarcable; los artículos pueden ser nervios centrales de ese paisaje, como la poesía o la novela, pero estoy en la creencia de que es el diario el marco más adecuado para ese paisaje.

Un ingrediente principal o elemento distintivo del género diarístico, y en ello estoy completamente de acuerdo con André Gide, creo que debe ser la sinceridad, la veracidad de lo que se cuenta en el diario, y aquí nos damos de bruces con la tan traída y llevada ficcionalización del yo, o la creación de un personaje (con la conciencia de personaje creado e inventado, distinto al yo del creador) de características semejantes al de la

novela. En el apunte del día 20 de septiembre de 1917, anota Gide en su diario:

De qué me sirve retomar este diario, si no me atrevo a ser sincero y si disimulo lo que secretamente ocupa mi corazón.

El monumental diario de Gide está cuajado de momentos como éste. No vamos a entrar en lo que en aquellos días ocupaba el corazón de Gide y no se atrevía a confiar a las páginas de su diario, no es asunto principal en este caso, lo importante es que Gide se atrevió a consignarlo, a modo de denuncia contra su propia conciencia (y aquí habría materia suficiente para hilvanar un discurso sobre el diario como reflejo de un personaje moral que coincide, o no, con el real) a modo de aviso, o autoaviso personal, como diciéndose a sí mismo: "para qué consignas nada en este cuaderno si no estás dispuesto a cumplir las normas que te impusiste al comenzarlo".

La verdad en literatura no da para mucho, puede llegar a ser tan falsa como el más vil de los engaños; como dice Luis Mateo Díez (*El Mundo, La Esfera*, 18/09/99, p.11):

Todos tenemos necesidad de contar y de que nos cuenten, de que nos embauquen y nos mientan. Lo que pasa es que hay unas mentiras rastreras y otras bellísimas. Las hermosas están todas en el arte y las rastreras en la vida y, con más frecuencia de la debida, en la política.

Es verdad que las más hermosas mentiras están en el arte, pero de un tiempo a esta parte proliferan más de lo debido las otras, las rastreras, sobre todo en la narrativa, ese terreno tan propenso a la política literaria.

Cuando hablamos de veracidad y sinceridad como características del diario íntimo, nos estamos refiriendo a la coherencia, al compromiso moral que el autor tiene de reflejar los acontecimientos tal como sucedieron, sin cambios, alteraciones o deformaciones posteriores, sin esos matices ventajistas que el tiempo coloca en la pluma del que escribe cuando lo que está contando hace tiempo que sucedió. Un diario bajo esas propuestas es un falso diario, un diario manipulado; será otra cosa,

crónica o ensayo sociológico, pero lo que desde luego no es, es un diario.

Refiriéndose a la obra de François Mauriac, dice García Martín:

La negra provincia de Mauriac nada tenía que ver -lo repitió una y otra vez, apesadumbrado por tantos malentendidos- con la luminosa provincia en la que transcurrió su infancia y que con tan poético fervor evoca en sus memorias. ¡Nada tenía que ver? El novelista, apoyándose en un mínimo de realidad, creía inventar todo lo que contaba. No sabía que la verdad más honda hay que inventarla siempre. Nos alimentamos de pequeñas verdades, de amables mentiras, de confortables verosimilitudes que necesitamos para vivir. Únicamente aceptamos la verdad sobre el mundo y sobre nosotros mismos si se disfrazaba de mentira, si se vuelve literatura. (*Mentiras verdaderas*, Llibros del Peixe, pp. 15-16)

El género de ficción tiene que fabricar hermosas mentiras para que brille la verdad literaria; se trata de crear "mentiras verdaderas" que vayan más allá del tiempo: los seres que soñaron Proust o Clarín en *A la recherche du temps perdu* y en *La Regenta*, hoy ya son la única verdad de la época que reflejan, todo lo demás lo ha borrado el tiempo. El género diarístico (cuyas fronteras son tan débiles y flexibles) trabaja en cambio con un material hartamente difícil y escurridizo: la vida y la verdad de quien lo escribe. Elaborar verdades (verdades literarias) con el pobre material de la propia vida, resulta mucho más complicado que inventarlas o manipularlas, de ahí que proliferen tanto los falsos diarios, los diarios inventados (un falso diario sólo se salva cuando el lector no se percata del engaño). Para mentir bien hay que ser muy listo, hay que ser un lince para que nadie nos pille en un renuncio y creármelo, los hay. La falsificación en el campo de las artes ha estado y está a la orden del día, pero siempre termina por ser descubierta (la mentira tiene las patas cortas). La verdad y la vida de quien día a día escribe en su diario se transforman en verdades literarias si quien escribe posee el don de la literatura, ese ángel milagroso que salta en las primeras líneas y si no surge es porque no existe. La labor del diarista consiste en elevar su verdad a la altura del lector, transformarla

en un espejo donde el lector se vea reflejado, se reconozca y encuentre un refugio que lo acoja en los días malos.

Pero el diario íntimo o confesional, si somos coherentes, es aquel que se escribe para no ser publicado, al menos en vida del autor. La mina inagotable de las *Memoires* de Louis de Rouvroy, duque de Saint-Simon, se publicó 63 años después de su muerte, ocurrida en París en 1755. Al morir Thomas Mann (12 de agosto de 1955) dejaba tres paquetes envueltos en papel corriente, atados y lacrados, con la siguiente advertencia de su puño y letra: "*Daily notes from 1933-1951. Without any literary value, but not to be opened by anybody before 20 years after my death*". Robert Musil murió en el exilio suizo en 1942, dejando un importante legado inédito del que formaban parte unos cuadernos (con notas de 1899, cuando el autor tenía 18 años, hasta pocas horas antes de morir) que su esposa Martha conservó hasta su muerte, dejándoselos a sus hijos Annina y Gaetano Marcovaldi, quienes los pusieron a disposición de Adolf Frisé para la edición alemana en 1976. En 1953, doce años después de la muerte de Virginia Woolf, Leonard Woolf publicó *El diario de una escritora*, selección de los diarios manuscritos de su esposa. Entre 1977 y 1978, La Hogarth Press de Londres publicaría, en dos volúmenes, *The Diary of Virginia Woolf*, en edición a cargo de Anne Olivier Bell. En 1970, Armando Zubizarreta encontró cinco cuadernos ("cuadernillos" los denomina el autor en alguna página) escolares con el *Diario íntimo* de Miguel de Unamuno, muerto el 31 de diciembre de 1936. Podríamos seguir con el relato y llegar hasta los 13 cuadernos en cuarto de Franz Kafka que contenían sus diarios de 1910 a 1923, o a los denominados por Max Brod "Cuadernos azules", en octavo, que contenían casi únicamente ideas literarias, aforismos y fragmentos sin referencia al mundo cotidiano. Brod publicaría en 1937 (13 años después de la muerte de su amigo Kafka) una selección de estos cuadernos. O el diario, también póstumo, del furtivo, original y enfermo de literatura que fuera Jules Renard.

Todos estos diarios son, efectivamente, íntimos; diarios de solitarios que escribieron para tener un interlocutor secreto con quien compartir

sus angustias. Quizá confiaran en que alguien los leyera algún día, de otra forma no los habrían escrito, no sé; estos misterios son difíciles de dilucidar. Lo que sí es cierto es que estos diarios se encuentran entre los más verdaderos, en cuanto próximos a la realidad (a la verdad) de sus autores, los más confesionales y los que hacen menos gestos.

Poco que ver con los que se hacen hoy, con los que escribimos ahora: todos nacen con vocación de ser publicados, con lo que pierden su carácter de íntimos y, en mayor o menor medida, todos mienten, todos mentimos. Los diarios íntimos, los verdaderamente íntimos que se estén escribiendo ahora, a los de nuestra generación me refiero, con suerte los veremos (los verán, mejor) publicados dentro de 50 ó 60 años; todo depende de que los familiares que tengan los manuscritos salgan en ellos bien retratados, de lo contrario nunca verán la luz. La manipulación, el teatro y los *ens fictum* son moneda corriente en los diarios actuales. Si a nuestra generación (a la del 70 me refiero) le cabe el acierto de haber puesto en circulación editorial el olvidado género diarístico (desde Pla, Joan Fuster, Marià Manent, Jiménez Lozano, etc. pocos lo habían intentado) también a ella le cabe, sin embargo, el triste mérito de falsear como nunca el género: hoy es diario todo lo que se nos antoje; el diario ha devenido en cajón de sastre (y a veces en un desastre de cajón) donde cabe el mundo, hasta aquellos escritos donde no aparece consignado por sitio alguno ni el día ni el año en que fueron pergeñados, o historias y relatos reelaborados bastantes años después de haber acontecido. Se ha dinamitado el género en aras de una mayor flexibilidad y apertura hasta tal punto que del diario íntimo, hoy por hoy, no queda nada, sólo el recuerdo y no es ningún misterio: la galería ha borrado la intimidad; hoy no hay vida íntima, sólo espectáculo y gesto.

Addenda

Cuenta Jiménez Lozano, en uno de sus diarios, una anécdota chusca referente a Napoleón; un día que está sentado a la mesa con los príncipes de Erfurt dice: "Cuando yo era un simple teniente en el quinto regimiento...". Las altezas reales se

miraron, turbadas ante la grosería, y Napoleón se corrigió: "Cuando yo todavía tenía el honor de ser un simple teniente..." Y puntualiza Lozano:

El matiz es muy importante: es el indicio de la civilidad y del espíritu, del sentido de la plenitud humana y del honor, que nada tiene que ver con las categorías y estamentos sociales o el *cursus honorum*. Pero las cosas hace ya mucho que funcionan eficaz y brutalmente mediante el escalafón o el escalamiento y se expresan con la mayor grosería como complacencia en el "yo" que ha subido tan alto y dejado tras de sí tantas víctimas, tantos rangos inferiores [...] Tenemos que tratar todos los días con Napoleones infinitamente altivos y groseros, y hay que competir como en una brutal batalla de dinosaurios simplemente para hacerse oír, para no ser aplastados por los dorados carruajes del triunfo y de la gloria que circulan por todas partes sin ley alguna, furiosos por llegar a alguna parte, gozosos de salpicarnos de barro o hacernos trizas, complacidos de no ser ya "simples tenientes". Y estos Napoleones no rectificarán nunca como Napoleón, no se les ocurrirá jamás que "el honor de ser un simple teniente" o un cartero puede ser una púrpura" [*Los tres cuadernos rojos*, Valladolid, Ámbito, 1986, pp.204-205]

Traigo aquí esta larga cita para vestirme adecuadamente, o sea, con la humildad necesaria que requiere este mundo literario nuestro, tan poblado de genios (más que en la Grecia de Pericles, me temo) tan deslumbrante que, la verdad, uno casi no sabe qué ponerse para salir a la calle. Así que me pongo la "púrpura" del cartero lozaniano y salto al ruedo de la literatura de la memoria, biográfica o diarística que últimamente está haciendo tanto ruido y dando tantos "Napoleones altivos y groseros".

Publicaba yo en la revista *Clarín* (enero-febrero 2000, pp. 11-14) este trabajo que hoy reproducimos aquí (con algún leve matiz o variación) que pretendía (y pretende) hacer frente o poner sobre el tapete los engaños y trucos del último diarismo. Pretendía (y pretende) acotar, si se me permite, el chalaneo que prima en la feria de diarios y diaristas a la que estamos asistiendo. El arte del chalaneo es un viejo arte que ante la desaparición de las ferias de ganado en los pueblos, se ha trasladado a otros oficios, a otras ferias. Un

chalán bragado, en las ferias de Medina de Rioseco o de Villalón de Campos, por ejemplo, era capaz de vender un mulo más falso que Judas o una burra con más mataduras (hábilmente camufladas con pez o betún) que un Cristo de Grünewald. En el campo (o en la feria) del arte hay chalanes que venden, embaucan y engañan por sistema y, si se tercia, no sólo te quitan la cartera, también los amigos. Son depredadores natos, capaces de utilizar todos los trucos para defender con uñas y dientes su presa. ¡Qué lejos este dañino e infinito *cursum honorum* actual de aquella vieja aspiración del sabio de Alcazarén!:

Yo querría que se leyesen y se amasen mis libros, pero que se olvidase el nombre de quien los escribí. Y no es que no me importe el afecto o el aprecio de los demás: me importa del todo y es lo que me ayuda a vivir; pero ¡tengo tanto miedo al "yo", a la vanidad, al orgullo, a la estupidez, a la condición de "autor", a la gloria! Aunque no sea más que por lo que envejece y madura y le convierte a uno en muñeco, en mortaja; pero también y sobre todo porque el triunfo de un "yo" se hace siempre, como todos los triunfos, con sangre ajena". [Op. Cit. 1986, p.43]

Pensaba yo que esta divagación mía había pasado desapercibida, que, como tal divagación, no podía ofender a nadie, pero hay genios que se ofenden por menos de un suspiro. Estaba en un error. Leyendo *Fuego amigo*, último diario de García Martín, en un apunte de marzo de 2000, se queja Trapiello (telefónicamente al autor) de esta guisa:

¿Sabes lo que más me ha indignado de *Biblioteca*

circulante? No lo que dices de mi diario, no. Es como esas tonterías de Luna Borge en *Clarín*, que si he destrozado el género, que si tal que si cual. Y encima sin atreverse a citar mi nombre. Cada uno escribe los diarios como le parece mejor, y luego el lector escoge. Que si invento, que si cuento las cosas a mi manera, que si esto que si lo otro, pues claro, no las voy a contar a tu manera, o a la de tu amigo Luna Borge, que ya sería la leche..." [*Fuego amigo*, Gijón, Llibros del Pexe, 2000, p. 193]

Uno se queda perplejo ante este tipo de declaraciones; la osadía y soberbia de estos personajes no tiene límites. Se comportan como chalanes de feria y encima te exigen el peaje del nombre o del perdón (cuando ellos no dan nunca uno ni perdonan jamás). Nadie tiene la culpa, yo no, desde luego, de que el señor Trapiello quiera ser el nuevo Duque de Saint Simon del dietarismo español (o el Galdós redivivo de los modernos *Episodios Nacionales*), ni que piense que es el que mejor confecciona "novelas en marcha" pretendiendo ser diarios y diarios que quieren ser novelas o, como dicen sus estudiosos incondicionales, el artífice de "la reivindicación del diario íntimo como texto narrativo" (éso, como aquello del "pensamiento navarro", merece una tesis doctoral, o por lo menos un ¡hurra!: ¿cómo un diario puede alcanzar la cristalización de la novela sin dejar de ser el mosaico multicolor de todo dietario?)

Pero dejemos a estos Napoleones altivos con sus "locuras sin fundamento" y conformémonos con ser simples tenientes o, mejor, humildes carteros con chubasquero para librarnos de la lluvia cuando hay tormenta.